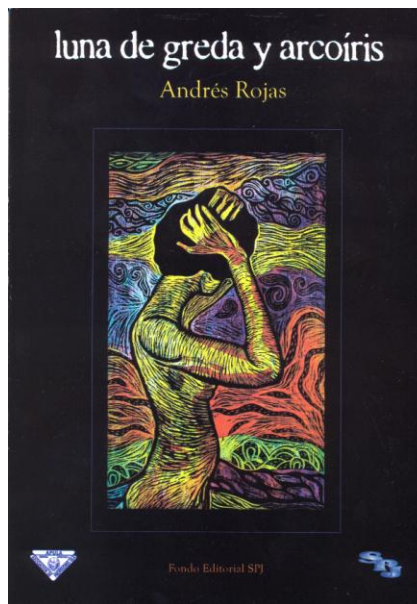


<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

LUNA DE GREDA Y ARCOIRIS

Gregory Zambrano

Andrés Rojas, *Luna de greda y arcoíris*, Mérida, Fondo Editorial SPJ, 2010, 77 p.



Seis estancias conforman el nuevo libro de Andrés Rojas: *Luna de greda y arcoíris*. Estas son: “Paisaje interior”; “Piel de eros”; “Ciudad y errancia”; “Alado canto”; “La otra sombra” y “Balance”. Seis estancias que como los aposentos de una casa interior muestran, cada una por separado y al mismo tiempo en un diálogo fecundo, una misma emoción lírica. Una y múltiple. Así discurren las palabras, como en un camino de bifurcaciones, de puentes y laberintos, de espejos y mapas. Lo terrenal y lo aéreo. Greda: concreción de la tierra amasada para darle sentido a las formas. Arcoíris: sensación de inmensidad en el amplio colorido que estalla cuando le penetra la luz y se borran los límites de sus franjas. Sí, mucha luz hay en estos versos; de luna y de sol que revela vastos horizontes. Los que quedan limpios después de la lluvia –y reavivan el resplandor de un día que renace–, y los que se vuelven siluetas cuando comienzan a sumergirse en el ocaso.

Sueños y vigilias, silencio y olvido. Puntos de luz en el rocío. Olores, colores, sonidos, canto, perfume y nubes. Afirmación de la vida más que avalancha de

dudas. Gratitude más que desesperanza nos recibe en su antesala: el prefacio invoca un “ars poética” que como tal busca explorar los confines de la palabra; pero más aún, propone develar un misterio.

Un poema pòrtico que se hace a sí mismo, en el instante en que se nombran sus elementos primordiales nos invita a traspasar el umbral: “Hay frases que se asoman con insistencia a la vigilia sin venir del olvido ni tampoco de los sueños; más bien parecieran surgir de aluviones de silencio, de puntos de luz en el rocío, de fulgores insomnes, de cavernas rumorosas...”. Lo metafórico se confirma como fuerza vital.

Primera estancia. **“Paisaje interior”**: honda vitalidad respira en estos versos anticipados. Una cascada de sensaciones muestra los sentidos abiertos para que fluyan las imágenes sin ningún tipo de contención; fluir de la palabra, fluir del tiempo, fluir de la memoria cristalizada en paisajes generosamente compartidos. “He aquí mi asombro dicho/ a los matices celestes:/ Para qué hacer un poema/ si hablan desde el silencio estas tonalidades”, nos dice en el poema “Diciembre”. Poesía para mostrar, para dar, para ofrendarse gozosa a quien asuma sus caminos.

Segunda estancia. **“Piel de eros”**: una apuesta por la concisión, poemas hechos con pincel, decantados y sobrios; en ellos hay ausencias pero no desgarramientos; “dicha de la vida” que sigue en el recuerdo con fruición, con deleite; la voz poética no quiere disimular la avidez. El amante, nostálgico, se asombra ante la belleza. La mujer, el paisaje, la ciudad: “La alegría es una opción/ y no un destino”, nos dice en su “Canción del enigma”. Arte de amar desde la gratitud y el asombro, desde la totalidad. Dice Octavio Paz que “del mismo modo que a través de un cuerpo amado entrevemos una vida más plena, más vida que la vida, a través del poema vislumbramos el rayo fijo de la poesía. Ese instante contiene todos los instantes. Sin dejar de fluir, el tiempo se detiene, colmado de sí”. Esto viene con el vértigo pendular de la revelación: “Cuando estás lejos/ la ausencia no te nombra,/ se aparta también de mí”, nos dice la voz diáfana en el poema “Consuelo”. Sensualidad contemplativa, agradecida, sin conmoción ni asombro. Todo es sutileza, reposo, gratitud: “Me aparto un poco/ quiero mirar al mundo/ desde tus armonías:/ Se ausentan los olvidos, se olvidan angustias y ausencias/ Vibra la vida en tu cadencia y existo,/ luna de greda y arcoíris,/ puerto de mi abrazo. [“Tus hombros”].

Tercera estancia. **“Ciudad y errancia”**: tiene un énfasis distinto pues se sostiene en la necesidad de objetivar el paisaje. También el paisaje humano que define su razón de ser en la belleza de los cuerpos, detallados en la altivez de la mujer venezolana, mujer hecha de mixturas y de andar cadencioso que deja al espectador perplejo, abismado y viceversa : “Ellas son espigas/ de vibrante fulgor,/ trigo moreno/ con el ombligo desnudo,/ híbrida mies/ de urbes y caseríos [...] Eje de canela en el vientre/ donde gira el mundo/ de calles perfumadas/ Allí donde al caminar/ bailan/ Qué otra geografía/ Qué más horizonte/ que los trópicos/ bajo las blusas/ y las faldas diminutas [...]. Son éstas algunas resonancias de “Posmorenidad”.

Así también, misteriosas y únicas son las ciudades. Margarita, Andújar, París, Ciudad de México, Cumaná, Mérida, espacios entrañables donde la vivencia se

transmuta en imágenes festivas: las ciudades son espejos donde no sólo vemos sino que somos vistos; las ciudades que miran en nuestro interior y descubren lo que de nosotros hay en ellas. Estas ciudades viven en el poema, en su luminosidad y en el recuerdo agradecido.

Cuarta estancia. **“Alado canto”**: “Pobre, el colibrí/ no puede tener diminutivo/ sería inútil tanta redundancia”. Así recibe al lector este manojo de poemas atravesados por el amor, el de los amigos, el de los hijos. Levedad, sutileza, movimiento; tanta fuerza interior se descubre para expresar una emoción generosa, pródiga en reconocimientos, plena en su espiritualidad. Río y cauce de homenajes desde la cercanía: “y sea el amor la reiterada abundancia”, nos dice en su poema “Metamorfosis”.

Lirismo puro derramado en cada verso. La vida desde el gozo, la cotidianidad en trance de afirmaciones aun cuando el referente sea desconcertante y azaroso. Fuego crepitante, sonoridad, reminiscencias de una edad que vive en los sueños. Nos dice esa voz segura de sí en “Dama de la noche”: “Señora de las sombras/ luna efímera, cáliz profundo y derramado/ Mucho quieres decirnos desde tu soledad/ y el alma entiende lo que nosotros no [...] Qué hago temblando/ frente a ti en pleno amanecer,/ descifrando lo que no se puede:/ el poema que eres,/ su irrefutable sustancia,/ vertiente de luz en cauce oscuro”.

Quinta estancia. **“La otra sombra”**: El vuelo, la plenitud, la savia de la vida que gotea indetenible hacen aquí un alto para escanciar la sed. El límite entre la vida y la muerte, frontera borrosa, de una a otra orilla reta la expresión, el preferido silencio. Dos poemas, no para los ausentes sino para quienes perviven en el reino del silencio. Otro, para conjurar la muerte. Una vez más la fuerza de la palabra permite que se avive la llama de ese sonoro fuego que habita en el corazón: “!Canta corazón, no ceses,/ ni antes con sed,/ ni ahora con la plenitud/ de tu savia en la garganta/ Dinos tu poema/ Haznos venir y llegar hasta tu cauce/ Enrúmbanos en la canoa de tu sangre/ para que tus hermanos y los míos/ celebren y multipliquen tu latir/ en un retorno de laberintos”. [“De corazón abierto”]. Poema de la experiencia, del corte sigiloso de la obsidiana desplazando su filo entre las venas, poema del renacer. Experiencia y revelación valiente.

Sexta estancia. **“Balance”**: El canto sostenido de una voz que explora el interior del ser en procura de convicciones; pasa del monólogo interior a revelar su otredad; todo converge en una apuesta por mostrar el rostro amable de la vida, sin quejas, sin rencores; sin remordimientos; decir la palabra en sintonía armónica con el espíritu, con lo más noble de la condición humana. Silencio espiritual –acaso susurro– para desafiar los estertores del mundo.

Luna de greda y arcoíris es el cuarto poemario de Andrés Rojas. Antes ha publicado *Metáforas de insomnio* (1985); *Estaciones de almanatura* (1993) y *Caleidoscopio interior* (1997). Cada uno de ellos ha ido consolidando una búsqueda expresiva sin estridencias ni tremendismos verbales (salvo uno que otro juego de palabras y algunos experimentos de verbalización de sustantivos). Poesía reposada, amable, cuyo fluir nos va dejando una sensación de serena compañía. Búsqueda de la belleza, elección cuidadosa de cada palabra para construir una sintaxis sobria, ordenada, limpia. Entre los muchos logros de sus versos está la musicalidad que da

a la palabra un ritmo acompasado, la verbalización de lo íntimo es devuelta como objeto poético, de allí que muchos de los poemas hayan sido destinados mediante sus dedicatorias; hay en ellos un puente que procura compañía. Éste es también un misterio de la poesía, que se rehace desde el sentido más puro de la amistad.

Luna y arcoíris, misterio y revelación. El poeta va del asombro al sosiego amparado en la luz; poesía lunar en la vigilia; poesía solar en la alegría cotidiana. El mundo se rehace y se comparte generosamente en las palabras.

Salud poeta. Que esta luna de greda renazca en un arcoíris luminoso cada día.

Mérida, 22 de junio de 2010.